

CAPÍTULO 18

LA RADICAL VULNERABILIDAD DEL SER HUMANO

**Torralba F. Antropología del cuidar.
Barcelona: Instituto Borja de Bioética; 1998.
p. 241-250.**

La experiencia de la vulnerabilidad está íntimamente arraigada en la humanidad. El ser humano es un ser vulnerable, radicalmente vulnerable, es decir desde su raíz («radix») más íntima. Vulnerabilidad significa fragilidad, precariedad. El ser humano está expuesto a múltiples peligros: el peligro de enfermar, el peligro de ser agredido, el peligro de fracasar, el peligro de morir. Vivir humanamente significa, pues, vivir en la vulnerabilidad.

«La vida del sujeto —dice E. Dussel— lo delimita dentro de ciertos marcos férreos que no pueden sobrepasarse bajo pena de morir. La vida sobrepasada, en su precisa vulnerabilidad, dentro de ciertos límites y exigiendo ciertos contenidos: si sube la temperatura de la tierra, morimos de calor; si no podemos beber por un proceso de desecación —(...)— morimos de sed; si no podemos alimentarnos, morimos de hambre; si nuestra comunidad es invadida por otra comunidad más poderosa, somos dominados (...). La vida humana marca límites, fundamenta normativamente un orden, tiene exigencias propias. Marca también contenidos; se necesitan alimentos, casa, seguridad, libertad y soberanía, valores e identidad cultural, plenitud espiritual.»¹⁷²

¹⁷² Dussel, E. *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. Madrid, 1998: p. 129.

No se necesita recurrir a la abstracción filosófica para percatarse de este hecho tan universal y enlazado a la condición humana. Es un hecho de experiencia personal, colectiva y cotidiana. Instintivamente, nos damos cuenta de nuestra vulnerabilidad mucho antes de empezar a pensar filosóficamente la realidad. Nos protegemos ante el frío, cuidamos nuestra alimentación, vemos por nuestra seguridad personal en las grandes ciudades, buscamos la sombra cuando el sol quema. Este tipo de movimientos de carácter irreflexivo es, en cierto modo, una forma de salvar la precariedad, una forma de superar nuestra radical vulnerabilidad.

K. Marx se refiere a la vulnerabilidad radical del ser humano en estos términos: «El ser humano real, corporal, en pie sobre la tierra firme... El ser humano es inmediatamente *ser natural*. Como ser natural, y como ser natural vivo, está, de una parte, dotado de fuerzas naturales, de fuerzas vitales... como impulsos; de otra parte, como ser natural, con corporalidad, sensible, objetivo, es, como el animal y la planta, un ser vulnerable, condicionado y limitado; esto es, los objetos de sus impulsos existen *fuera* de él». ¹⁷³

El ser humano es vulnerable, pero además de serlo, puede ser consciente de su vulnerabilidad, es decir, puede pensarla, puede reflexionar en torno a ella, tratar de buscar soluciones y fórmulas para combatir el desaliento, el cansancio, la enfermedad, la inseguridad y todo cuanto va relacionado con la vulnerabilidad. Un ser vulnerable es un ser quebradizo, cuya integridad está constantemente amenazada por elementos externos e internos.

El dolor de muelas, por ejemplo, sobre el que tanto escribió Ortega y Gasset a propósito de la perspectiva intrapersonal, revela la vulnerabilidad interna del ser humano, pues es un mal que depende exclusivamente de su naturaleza fisiológica. La tormenta de verano, en cambio, es un agente externo a mi propia naturaleza y, cuando aparece, trato de protegerme en lugar seguro, pues experimento radicalmente mi vulnerabilidad.

El ser humano es, tal y como se ha dicho con anterioridad, una unidad orgánica y estructural que goza de una integridad corpórea, psicológica, social y espiritual. Es un ser pluridimensional e interrelacional porque tiene distintas dimensiones o caras y, además establece vínculos diferentes con su entorno y con su semejante. Pero esta unidad estructural y relacional que es el ser humano no es absoluta e inalterable, sino que está constantemente amenazada por elementos propios y ajenos: la enfermedad, el sufrimiento, la vejez, la exclusión, la marginación y el abandono, por ejemplo. La cuestión del sufrir-

miento, de la vejez y de la muerte son; quizás, las cuestiones claves en la filosofía occidental y también en el Budismo primitivo.

Se trata, pues, de una estructura frágil y precaria, es decir, vulnerable. Para decirlo con E. Levinas: *la vulnerabilidad es la exposición al ultraje y la herida*. En efecto, el ser humano es vulnerable porque está expuesto al ultraje, es decir, al insulto, a la agresión, a la humillación y, además, puede sufrir heridas con mucha facilidad, no sólo físicamente, sino también sentimentalmente y espiritualmente. Es un ser expuesto a la herida, lo que significa que debe protegerse, que debe construir una morada, una pantalla protectora frente al mundo y al entorno. La autonomía humana es una autonomía vulnerable ¹⁷⁴.

Todo en el ser humano es vulnerable, no sólo su naturaleza de orden somático, sino todas y cada una de sus dimensiones fundamentales. Es vulnerable físicamente, porque está sujeto a la enfermedad, al dolor y a la decrepitud y, precisamente por ello necesita cuidarse; es vulnerable psicológicamente porque su mente es frágil y necesita cuidado y atención; es vulnerable desde el punto de vista social, pues como agente social que es, es susceptible de tensiones y de heridas sociales; además, es vulnerable espiritualmente, es decir, su interioridad puede fácilmente ser objeto de instrumentalizaciones secundarias. Su estructura pluridimensional, su mundo relacional, su vida, su obrar, sus acciones, su pensamiento, sus sentimientos e, inclusive, sus fantasías son vulnerables ¹⁷⁵.

Por todo ello, el ser humano es, en algunos aspectos, mucho más vulnerable que otros seres vivos, pero en otros aspectos más hábil para protegerse de la vulnerabilidad de su ser. Precisamente por el hecho de ser más complejo desde el punto de vista dimensional, también es más vulnerable, mucho más vulnerable que una roca o que un elefante. La expresión más elocuente de la vulnerabilidad humana se puede observar en el recién nacido. Su fina epidermis, sus débiles extremidades, sus temblores frente a cualquier ruido, su inestabilidad, su inocencia primigenia, su desprotección frente a los agentes de la naturaleza (el sol, el viento, el frío...), su rostro tan bello como débil, son expresiones evidentes de su vulnerabilidad. El recién nacido es, en cierto sentido, la más plástica epifanía de la extrema vulnerabilidad del ser humano.

¹⁷⁴ Sobre la relación entre autonomía y vulnerabilidad ver: Kemp, P. (edit.). *The necessary articulation of autonomy and vulnerability*. Copenhagen, 1997.

¹⁷⁵ Sobre la vulnerabilidad ver: Owen, M. J. *La sabiduría de la vulnerabilidad humana*. Dolentium Hominum, 1993; 22: 171-173.

¹⁷³ Citado en Dussel, E. *Ética de la liberación*, p. 130.

Pero el ser humano no sólo es vulnerable, como lo es cualquier otro ser, ese gato, ese perro o ese árbol, sino que, como se ha dicho, tiene conciencia de su vulnerabilidad, o puede tenerla. Puede apropiarse intelectualmente de su vulnerabilidad, lo que no significa que pueda dominarla, pero sí tomar conciencia de ella y buscar fórmulas para enfrentarse a ella. El ser humano goza de una superioridad en el orden intelectual que le ha permitido protegerse y superar los obstáculos, pero ello no se debe a su fuerza física tan inferior respecto a otros mamíferos, sino gracias a un desarrollo superior de su capacidad intelectual.

El ser humano, cuando ejerce su facultad de pensar, se da cuenta que su ser no es absoluto, sino finito y limitado. La persona enferma vive especialmente el carácter vulnerable de la condición humana, pero la enfermedad, que después trataremos, es una expresión más de la vulnerabilidad, quizás una de las manifestaciones más extremas.

1. VULNERABILIDAD Y FILOSOFÍA

Existe una íntima relación entre vulnerabilidad y filosofía. De hecho, el acto de filosofar está enraizado en la experiencia de la vulnerabilidad. Cuando el ser humano atraviesa situaciones-límite, como la enfermedad, la decepción, la frustración o el desengaño, entonces la pregunta por el Sentido de su existencia, pregunta fundamental en el acto filosófico, adquiere su máximo relieve. No nos referimos aquí a la filosofía en sentido académico, sino entendida como disposición natural de ser humano¹⁷⁶. Si el ser humano, como dice Kant adecuadamente, es inevitablemente un animal filosófico, entonces es a través de la experiencia de la vulnerabilidad, de su vulnerabilidad, cuando el filósofo escondido que hay en él, adquiere protagonismo.

Esta íntima relación entre filosofía y vulnerabilidad la expresa muy bien Schopenhauer cuando afirma que si no padeciéramos, si no sufriéramos, jamás habríamos filosofado. Según él, Adán y Eva, en el jardín del Edén, no filosofaban porque estaban perfectamente integrados en la naturaleza en una armonía completa y absoluta. La penetración del mal, del sufrimiento en el orden de la creación fue, también, el origen del filosofar.

¹⁷⁶ Kant distingue dos modos de filosofía. La filosofía en sentido académico y la filosofía como disposición natural del espíritu humano. En este segundo sentido, todo ser humano es filósofo.

Esto ocurre, porque el ser humano cuando padece, necesita hallar sentido a su padecimiento, trata de dar respuesta a su vulnerabilidad, de salvarla, en cierto sentido. No es casual que, en una de las obras más importantes del pensamiento occidental, la *Consolación de la Filosofía* de Boecio, la Filosofía personificada en una dama trate de consolar a un presidiario —el protagonista— en su desesperada situación. En este sentido, filosofar y cuidar son dos acciones muy similares, aunque una se desarrolle en el plano intelectual y la otra, se desenvuelva fundamentalmente, en el plano de la praxis.

El acto de filosofar puede desatarse en cualquier momento, pero es especialmente propicio en situaciones de máxima vulnerabilidad. «Cualquier ser humano puede —dice el filósofo judío Rosenzweig—, de la noche a la mañana, ponerse a filosofar. No hay persona sana que sea inmune a esta enfermedad. Y en el instante en que el sano es atacado por ella, en el instante en que el sentido común, hasta ese momento sano, cree tener que filosofar, ya no hay de repente mayor preguntador de lo "propio" y "auténtico"» que él. Entonces filosofa a pesar de todos los Siete Sabios. Entonces, filosofando, llega a sobrepasar al filósofo»¹⁷⁷.

Desde un punto de vista fenomenológico, se pueden distinguir varios tipos de vulnerabilidad: ontológica, ética, social, natural y cultural.

2. VULNERABILIDAD ONTOLÓGICA

Existen distintos grados de vulnerabilidad. El primer grado se refiere al ser, es decir, a la entraña del ser humano, a su constitución ontológica. Un ser vulnerable no es un ser absoluto y autosuficiente, sino un ser dependiente y limitado, radicalmente determinado por su finitud. Un ser vulnerable no es un ser necesario, sino el ser contingente. Lo que es, pero podría no haber sido jamás, es lo contingente.

Los filósofos medievales distinguían entre el ser necesario y el ser contingente. El ser contingente es de naturaleza caduca y mudable; mientras que el ser absoluto es absoluto e idéntico a sí mismo eternamente. Para los medievales, Dios es el ser necesario, mientras que el ser contingente se fundamenta en él. Así lo expresa, por ejemplo santo Tomás de Aquino en la tercera vía de la existencia de Dios, la denominada vía de la contingencia.

¹⁷⁷ Rosenzweig, F. *El Libro del Sentido común Sano y Enfermo*. Madrid, 1994; pp. 17-18.

Quizás en la filosofía contemporánea, el pensador que ha abordado con más penetración intelectual la cuestión de la finitud del ser es M. Heidegger en *Ser y tiempo*.

3. VULNERABILIDAD ÉTICA

La vulnerabilidad, desde una perspectiva ética, puede comprenderse desde distintos ángulos intelectuales.

Según P. Ricoeur, autor de *Finitud y culpabilidad*, la vulnerabilidad ética es la labilidad y la labilidad es una propiedad característica de la condición humana. La existencia humana —dice Ricoeur— es lábil y lábil significa que tiene la posibilidad de caer en el sentido moral del término, de fracasar, como consecuencia de su estructura finita.

«¿Qué queremos decir al afirmar que el hombre es "lábil"? —se pregunta Ricoeur—. Esencialmente esto: que el hombre lleva marcada constitucionalmente la posibilidad del mal moral»¹⁷⁸. Desde esta perspectiva filosófica, la vulnerabilidad se relaciona directamente con la capacidad que tiene el ser humano de equivocarse, de fracasar en sus proyectos personales y en la realización de su esquema axiológico.

Desde otra perspectiva filosófica, la vulnerabilidad ética no se refiere a la posibilidad de caer o de fallar, sino al deber moral de proteger al sujeto más frágil y deleznable. Esta es la tesis central de Levinas: «La vulnerabilidad —dice Levinas— es la obsesión por otro o el encuentro con otro»¹⁷⁹. Y añade: «La vulnerabilidad es más (o menos) que la pasividad que recibe una forma o un impacto. Es la aptitud —que todo ser en su "natural orgullo" tendría vergüenza en confesar— para ser "abatido", para "recibir bofetadas"»¹⁸⁰.

El hacerse cargo de otro proviene de la vulnerabilidad humana y este hacerse cargo se expresa en el sufrir por otro. «Sufrir por otro —dice Levinas— es tenerlo al cuidado, soportarlo, estar en su lugar, consumirse por él. Todo amor o todo odio hacia el prójimo como actitud reflexiva, suponen esta vulnerabilidad previa: misericordia "estremecimiento de entrañas"»¹⁸¹. En esta segunda acepción, la vulnerabilidad es un imperativo ético, a saber, el manda-

¹⁷⁸ Ricoeur, P. *Finitud y culpabilidad*. Madrid, 1982, p. 149.

¹⁷⁹ Ibidem, p. 90.

¹⁸⁰ Levinas, E., Idem, p. 89.

¹⁸¹ Ibidem, p. 90.

to que tiene todo ser humano para con su prójimo. La vulnerabilidad es la obsesión por el otro, es decir, la referencia central al prójimo y su atención.

4. VULNERABILIDAD DE LA NATURALEZA

La naturaleza, esto es, el entorno medioambiental del ser humano, no es inmutable ni incólume a los cambios y transformaciones, sino más bien lo contrario, es muy frágil y vulnerable.

H. Jonas reflexiona sobre la radical vulnerabilidad de la naturaleza frente a la acción técnica del hombre. «Tómese, por ejemplo; —dice— como primer y mayor cambio sobrevenido en el cuadro tradicional, la tremenda vulnerabilidad de la naturaleza sometida a la intervención técnica del hombre, una vulnerabilidad que no se sospechaba antes de que se hiciese reconocible en los daños causados (...). Esa vulnerabilidad pone de manifiesto, a través de los efectos, que la naturaleza de la acción humana ha cambiado de facto y que se le ha agregado un objeto de orden totalmente nuevo, nada menos que la entera biosfera del planeta, de la que hemos de responder, ya que tenemos poder sobre ella»¹⁸².

La naturaleza es, hoy por hoy, más vulnerable que antaño precisamente porque está más expuesta a la manipulación, a la transformación y a la colonización tecnológica que en cualquier otro tiempo. La violación de las leyes naturales y la lógica de lo viviente, para decirlo con la expresión de F. Jacob, supone cambios estructurales en el entorno ambiental del ser humano y repercute inevitablemente en su vida y en la realización de su libertad. Precisamente por ello, porque el ser humano tiene una dignidad absoluta, es absolutamente necesario velar por el respeto y el cuidado de la naturaleza y proteger su vulnerabilidad de los múltiples abusos y de intereses de tipo económico, político o industrial. Si el ser humano es, como se ha dicho, un todo integrado abierto a la realidad, el deterioro de la realidad natural afecta gravemente su estructura personal, su forma de vivir, de trabajar y de amar...

¹⁸² Jonas, H. *El principio de responsabilidad*. Barcelona, 1995, pp. 32-33.

5. VULNERABILIDAD SOCIAL

La sociedad es el lugar de realización de la persona humana, porque el ser humano, como ya dijo Aristóteles, es un animal político y social. La dimensión interpersonal que constituye, como hemos visto, una de las dimensiones fundamentales de la condición humana, es el fundamento último de la sociabilidad natural del ser humano. El ser humano es sociable porque es una estructura subsistente y relacional, inevitablemente relacional. La sociabilidad puede ser, como toda realidad, potencial o actual, es decir, puede desarrollarse plenamente o puede restar como pura posibilidad, pero en cualquier caso es un atributo del ser humano.

Toda persona, precisamente por ser persona, se construye y se realiza en íntima interacción con otros seres humanos y crea con ellos sociedad, es decir, «polis», comunidad, comunión de vida. Pero la relación interpersonal puede desarrollarse en el plano de la amistad, del amor, del respeto y de la contemplación, pero también cabe la posibilidad real que se despliegue en el plano de la violencia y de la instrumentalidad. Cuando ocurre esto, el sujeto entendido como ciudadano o agente social, sufre la vulnerabilidad social, es decir, la posibilidad de ser agredido, de ser humillado, verbal o físicamente, es decir, la inseguridad, el riesgo, la exposición al ultraje, en definitiva, la desprotección. La vulnerabilidad social es la posibilidad que tiene el ser humano de ser objeto de violencia en el seno de la sociedad, es decir, la inseguridad en el seno de la ciudad, de las sociedades humanas.

En el marco de las sociedades postindustriales y masificadas la vulnerabilidad social se acrecienta extraordinariamente, pues el desconocimiento del otro es un rasgo evidente en este tipo de colectividades y la desconfianza es un tipo de relación habitual. En el seno de comunidades pequeñas, en cambio, la vulnerabilidad social es menor, pues el sujeto se encuentra animicamente y físicamente más protegido y acogido. El entorno social es clave en la determinación del sufrimiento. Muchos sufrimientos humanos, personales o familiares son consecuencia del entorno social, o más concretamente, de un entorno social muy vulnerable y este deterioro social se expresa en patologías, muchas de las cuales son de origen social.

6. VULNERABILIDAD CULTURAL

El ser humano es un animal cultural, es decir, crea cultura, consume cultura, se expresa mediante instrumentos culturales; se comunica utilizando la

red de símbolos y signos de la cultura donde está ubicado. Es, en todos los sentidos, un animal cultural, pero la cultura, como la sociedad, como la naturaleza, no es absoluta ni perfecta en grado sumo, pues es siempre la producción del ser humano y el ser humano es vulnerable desde el punto de vista ontológico. Esto significa que toda creación cultural es vulnerable.

Pero la vulnerabilidad no se refiere a este hecho que, por otro lado, es consecuencia directa de la vulnerabilidad ontológica, sino que se refiere fundamentalmente a la ignorancia del ser humano, es decir, al desconocimiento que tiene en distintos órdenes del saber. La ignorancia es la máxima expresión de la vulnerabilidad cultural. La ignorancia admite distintos grados de manifestación. En el grado sumo, convierte al ser humano en un sujeto completamente manipulable e instrumentalizable, pues cuanta menos información y conocimiento, más desprotegido está el ser humano frente a cualquier abuso de poder.

Por ello es absolutamente necesaria la tarea de educar y de culturizar al ser humano, ya que es fundamental para su desarrollo personal e integral. En la relación asistencial, ocurre en muchas ocasiones que el paciente sufre no sólo una vulnerabilidad de tipo ontológico, es decir, una enfermedad que afecta a su estructura anatómica y fisiológica, sino también una vulnerabilidad cultural, es decir, un desconocimiento de los motivos y las razones de tal alteración.

En esta situación, el profesional en cuestión tiene el deber moral, por razón de su profesión, no sólo de velar por el restablecimiento de la salud integral del enfermo, sino de velar por una información adecuada y transparente del contenido de la enfermedad, es decir, debe asumir la vulnerabilidad cultural de su paciente y tratar de ilustrarla desde la empatía, la competencia y el arte de la comunicación. Esconder información, engañar, practicar la mentira piadosa son, por lo general, formas encubiertas de instrumentalizar la vulnerabilidad cultural del paciente.

Esta asimetría cultural que se da en la relación asistencial no debe entenderse de forma absoluta, sino relativa a unos determinados conocimientos. En efecto, en la praxis asistencial confluyen dos tipos de saberes: el del médico y el del paciente. El primero es un conocimiento supuestamente científico, el segundo no. La biomedicina acumula conocimientos sobre la enfermedad del hombre y la forma de combatirla. Conocidos los mecanismos que generan y hacen progresar la enfermedad, los remedios se aplican de forma genérica.

El saber del paciente es experiencial o al menos forma parte de su mentalidad. Adquirido en un contexto particular se presenta también diferenciado.

ANTROPOLOGÍA DE LA ENFERMEDAD

Torralba F. Antropología del cuidar.
Barcelona: Instituto Borja de Bioética; 1998.
p. 251-265.

1. LA ENFERMEDAD COMO METÁFORA ANTROPOLÓGICA

Existe una antropología cultural de la enfermedad y de la salud que tiene por finalidad analizar las distintas formas de interpretar los procesos de enfermar y de curación en distintos ámbitos culturales. Existe también una Antropología Filosófica de la enfermedad donde la enfermedad es objeto de análisis filosófico, es decir, es investigada en su particular relación con la vida humana, sus dimensiones y con el sentido de la misma.¹⁸³

La enfermedad supone un cambio en la vida de la persona humana, un cambio o mutación que no se refiere solamente a la estructura somática, del ser humano, sino a su integridad. Precisamente por ello, la enfermedad y lo que antropológicamente significa debe ser objeto de reflexión, aunque aquí sólo se tratará desde una perspectiva introductoria.¹⁸⁴

¹⁸³ Sobre la enfermedad desde la perspectiva antropológica y fenomenológica ver Kestenbaum, V. *The humanity of the ill: phenomenological perspectives*, Tennessee, 1982. V.A.A. *Leggere il corpo malato: aspetti antropologici, epistemologici, medici*, Padova, 1989.

¹⁸⁴ Sobre la idea de enfermedad desde una perspectiva antropológica ver Balint, M. *Le médecin, son malade et la maladie*, Paris, 1972. Fricchione, G. *Illness and the origins of caring. The Journal of Medical Humanities*, 1993; 14: 15-21. Rollin B. *On the nature of illness. Man and Medicine*, 1979; 4: 157-178.

Las predisposiciones de los enfermos varían de acuerdo con sus propias concepciones acerca de la salud y de la enfermedad. Por lo tanto, esta vulnerabilidad cultural también la sufre el profesional y debe superarla mediante el conocimiento personalizado del paciente, pues sólo desde este conocimiento podrá asistirle humanamente y dignamente.